

Modelos Jerárquicos y su implicación en el desarrollo de una terceridad generativa.¹

Claudia Morillo Cury²

Madrid, España.

RESUMEN

La supervisión psicoanalítica está atravesada por tensiones entre poder y vulnerabilidad que impactan la construcción de la identidad profesional. Desde la noción de terceridad de Jessica Benjamin y el espacio potencial de D. W. Winnicott, propongo pensar la supervisión como un ámbito dialógico donde la autoridad sostiene sin subyugar y la vulnerabilidad deviene condición del aprendizaje. Integro viñetas clínicas que muestran cómo la autoridad puede oscilar entre la prescripción y la facilitación del pensamiento, y cómo el uso de preguntas abiertas promueve autonomía y reflexividad. Incorporo la noción de ciudadanía relacional de Andrew Samuels para situar la supervisión en un marco institucional y político más amplio, en el que las jerarquías y el género configuran la legitimación de las voces. Sostengo que un encuadre que combine claridad, límites y apertura a la diferencia favorece un 'espacio potencial' de experimentación identitaria, reduce ansiedades narcisistas y habilita prácticas clínicas más flexibles. Concluyo que la supervisión puede funcionar como laboratorio de terceridad, capaz de transformar vínculos jerárquicos en experiencias de reconocimiento mutuo.

Palabras clave: supervisión, autoridad, terceridad, espacio potencial, ciudadanía relacional, género, psicoanálisis relacional.

ABSTRACT

Psychoanalytic supervision is shaped by tensions between power and vulnerability that impact the development of professional identity. Drawing on Jessica Benjamin's concept of thirdness and D. W. Winnicott's potential space, I conceptualize supervision as a dialogical field where authority supports without subjugating and vulnerability becomes a condition for learning. Clinical vignettes illustrate how authority may oscillate between prescription and the facilitation of thinking, and how open-ended questioning fosters autonomy and reflexivity. Andrew Samuels's notion of relational citizenship situates supervision within broader institutional and political frameworks in which hierarchy and gender shape the legitimation of voices. I argue that a frame combining clarity, limits, and openness to difference fosters a potential space for identity experimentation, reduces

¹ Trabajo presentado en el 21º congreso internacional de IARPP: "The paradox of freedom in relational Psychoanalysis: Democracy and Tyranny in and out of therapy. 19-22 Junio de 2025. Se presentó en el panel de candidatos.

² Psicóloga General Sanitaria y psicoanalista relacional. Desarrolla su práctica clínica en Collado Villalba (Madrid). Su trayectoria previa incluye experiencia como integradora social, lo que aporta una perspectiva amplia en el acompañamiento psicosocial y clínico.

narcissistic anxieties, and enables more flexible clinical practice. I conclude that supervision can operate as a laboratory of thirdness, transforming hierarchical ties into experiences of mutual recognition.

Key Words: supervision, authority, thirdness, potencial space, relational citizenship, gender, relational psychoanalysis

English Title: HIERARCHICAL MODELS AND THEIR IMPLICATION IN THE DEVELOPMENT OF A GENERATIVE THIRDNESS

Cita bibliográfica / Reference citation:

Morillo, C. (2025). Modelos Jerárquicos y su implicación en el desarrollo de una terceridad generativa. *Clínica e Investigación Relacional*, 19 (2): 478-488. [ISSN 1988-2939] [Recuperado de www.ceir.info] DOI: 10.21110/19882939.2025.190220

A través de mi experiencia en la práctica privada como psicoterapeuta, he profundizado en la complejidad de las relaciones de supervisión, especialmente en la manera en que la estructura jerárquica define el espacio de aprendizaje y crecimiento. En mi recorrido por instituciones tanto laborales como formativas, la jerarquía era una constante palpable; aun así, he observado la intención en los supervisores de suavizar esa diferencia inherente a la relación jerárquica para abrir paso a la colaboración. Sin embargo, la supervisión no solo está atravesada por dinámicas de jerarquía, sino también por otras dimensiones que influyen en la forma en que se ejerce y se percibe la autoridad. Una de ellas, y no menos relevante, es el género. La historia del psicoanálisis ha mostrado cómo las relaciones de autoridad han sido tradicionalmente dominadas por figuras masculinas, mientras que la voz de las mujeres analistas ha enfrentado desafíos de legitimación. Inspirada en la noción de “Terceridad” de Jessica Benjamin y en el “espacio potencial” de Donald Winnicott, mi mirada sobre la supervisión se centra en cómo el poder puede sostener sin subyugar, permitiendo un desarrollo profesional auténtico y ético. Propongo pensar la supervisión como un espacio de ciudadanía relacional—siguiendo a Andrew Samuels—en el que la vulnerabilidad y la autoridad no sean opuestos, sino dimensiones complementarias en la construcción de una identidad profesional. A partir de este marco, busco explorar sobre cómo, en el encuentro con mis supervisores, ha sido posible co-construir un espacio inclusivo, capaz de acoger las complejidades del poder y la vulnerabilidad como elementos esenciales para un desarrollo profesional auténtico y ético.

Históricamente, el psicoanálisis ha estado marcado por relaciones verticales de conocimiento, en las que el maestro o analista didacta encarnaba una autoridad incuestionable. Esta estructura no solo ha moldeado la formación de los terapeutas, sino que también ha influido en la manera en que ejercen su autoridad en la consulta, dando lugar en muchos casos a modelos jerárquicos en la relación con los pacientes.

En los últimos años, las corrientes relacionales han cuestionado esta dinámica, promoviendo una interacción más horizontal tanto en la supervisión como en la práctica clínica. Sin embargo, la influencia de la tradición freudiana sigue presente, con sus sistemas de control institucional, los análisis didácticos y sus estructuras jerárquicas, que han dejado una marca profunda en la concepción de la supervisión. A partir de estas tensiones, el psicoanálisis relacional ha abierto nuevas preguntas sobre cómo ejercer la autoridad en la supervisión sin que esta restrinja la apertura y el desarrollo del aprendizaje. Esta reflexión resulta clave, ya que la forma en que se configura la relación entre supervisor y supervisado no solo impacta en el proceso formativo, sino que también moldea la manera en que los futuros analistas desarrollan su práctica clínica.

Este cuestionamiento ha llevado a repensar la propia experiencia de supervisión. Más allá de ser un espacio de transmisión de conocimientos, la supervisión se convierte en un escenario donde la autoridad no es solo una estructura establecida, sino un fenómeno dinámico que se construye y se resignifica en cada encuentro.

La supervisión psicoanalítica es un espacio de encuentros complejos, donde el poder y la vulnerabilidad se entrelazan en un equilibrio delicado. Más que un espacio de transmisión de conocimientos, se trata de un escenario donde la identidad profesional se construye en diálogo con una autoridad que puede ser tanto una guía o ~~como~~ un obstáculo, un sostén o una amenaza dependiendo de cómo se gestione el vínculo entre supervisor y supervisado.

Este diálogo puede manifestarse en múltiples formas, como en las discusiones clínicas donde el supervisado plantea hipótesis interpretativas y el supervisor, en lugar de imponer su visión, fomenta la exploración conjunta. Por ejemplo, un supervisado puede sentirse inseguro ante una intervención en su práctica, y el supervisor puede ayudarlo a reflexionar, no ofreciendo una respuesta directa, sino permitiéndole construir su propia comprensión. En otras ocasiones, la autoridad supervisora puede manifestarse en el establecimiento de límites necesarios para que el supervisado no se desoriente en su proceso de aprendizaje. Este juego de tensiones entre orientación y autonomía es lo que

enriquece el proceso de supervisión y contribuye al desarrollo de una identidad profesional auténtica. La asimetría en esta relación es ineludible, pero la pregunta crucial radica en cómo convertir la supervisión en un espacio donde esta diferencia estructural no limite el desarrollo de una identidad propia. Desde esta perspectiva, el concepto de terceridad, desarrollado por Jessica Benjamin, ofrece una vía para repensar la autoridad en supervisión. El problema de la autoridad en la supervisión es, en esencia, un problema de reconocimiento. Para que un sujeto pueda afirmarse en su singularidad, necesita ser visto y validado por otro sin que esa validación se convierta en una forma de control. Aquí radica la paradoja: el supervisado busca afirmarse, pero lo hace en un contexto donde su posición es inherentemente vulnerable, pues depende de la mirada y la evaluación del supervisor. Si esa mirada es excesivamente prescriptiva, el supervisado puede sentirse atrapado entre la obediencia y la resistencia, dificultando la construcción de una voz propia. En cambio, si el supervisor es capaz de ocupar su rol sin imponer su perspectiva como única, se genera un espacio de terceridad: un territorio intermedio donde la autoridad sostiene sin sofocar, y donde la vulnerabilidad no implica incompetencia, sino condición esencial para el aprendizaje.

Desde esta perspectiva, la función del supervisor no es la de un juez que evalúa, sino la de un interlocutor que facilita la emergencia de la subjetividad del supervisado, permitiéndole transitar de la dependencia inicial a una progresiva autonomía. Un ejemplo de ello podría ser cuando un supervisado enfrenta dificultades en su trabajo clínico y el supervisor, en lugar de corregirlo inmediatamente, le plantea preguntas que lo llevan a reflexionar sobre su propio proceso. *Recuerdo una sesión de supervisión en la que me sentía inquieta y algo frustrada: mi paciente no parecía avanzar, y yo empezaba a cuestionar si estaba siendo realmente útil. Había hecho lo que creía que debía hacerse, y sin embargo, algo no funcionaba. En lugar de tranquilizarme o explicarme que los procesos son lentos —como quizás esperaba—, mi supervisora me preguntó: "¿Qué significado le estás dando a esta dificultad?"*

Al principio, no supe qué responder. Su pregunta no apuntaba a lo técnico, sino a lo personal. Me hizo mirar hacia adentro. Con el tiempo entendí que mi frustración no era solo con la situación clínica, sino con una parte mía que necesitaba tener efectos visibles para sentir que estaba haciendo bien mi trabajo. Su intervención no buscaba juzgarme, sino invitarme a pensar. Y eso me ayudó a reformular mi lugar como terapeuta: menos centrado en demostrar eficacia inmediata, y más dispuesto a habitar la complejidad del proceso clínico.

Este tipo de intervención no solo ayuda al supervisado a encontrar respuestas por sí mismo, sino que también fomenta su autonomía y seguridad en el ejercicio clínico. Andrew Samuels introduce aquí la idea de ciudadanía relacional, destacando que la supervisión refleja las dinámicas de poder más amplias de la sociedad. No es un espacio aislado, sino que está atravesado por fuerzas institucionales y culturales que moldean qué voces son legitimadas y cuáles corren el riesgo de ser silenciadas. La supervisión, entonces, no es solo un espacio formativo, sino también un ámbito donde se reproducen –o desafían– las jerarquías existentes en la comunidad psicoanalítica como parte integrante de la sociedad.

Nancy McWilliams ha señalado que la supervisión no solo es un espacio de formación técnica, sino también un lugar donde se juegan dinámicas transferenciales y contratransferenciales que pueden amplificar sentimientos de inseguridad, idealización o rivalidad. Esta relación no es estática; sino que fluctúa entre la confianza y la duda, la dependencia y la autonomía, en función de los procesos transferenciales y contratransferenciales que la atraviesan. En ocasiones, las ansiedades narcisistas del supervisor pueden llevarlo a ejercer una autoridad excesiva, transformando la supervisión en un espacio de autoafirmación en lugar de un espacio de apertura. Por otro lado, el supervisado puede depositar en el supervisor expectativas idealizadas, esperando respuestas definitivas en lugar de asumir el proceso de aprendizaje como una construcción progresiva. *Permítanme compartirles cómo fue elegir a mi primer supervisor. Recién graduada, iniciaba mi formación en psicoterapia relacional rodeada de colegas que, a mis ojos, sabían mucho más que yo. Aunque había leído todo lo que nos pedían, me sentía como si hablara un idioma que aún no dominaba del todo. Entraba a las clases con las preguntas atrapadas en la garganta. No era sólo vergüenza —era un miedo más visceral: que al preguntar algo "demasiado obvio", se revelara lo que yo temía en secreto... que tal vez no pertenecía a ese lugar.*

Un día, durante una clase, el profesor —que luego sería mi supervisor— dijo con una calma inesperada: "Todas las preguntas son válidas. Las dudas estimulan el pensamiento. Y nuestras diferencias nos enriquecen." No exagero al decir que sus palabras me tocaron como una autorización que no sabía que necesitaba. Sentí alivio, pero también tristeza: ¿por qué algo tan básico como sentirme con derecho a preguntar había sido tan difícil para mí? Fue en ese momento que supe que quería que él me acompañara en ese camino. ¿Lo idealicé? Sin duda. Pero esa idealización no fue sólo proyección: fue también un sostén

inicial, un refugio que me permitió empezar a habitar mi lugar como aprendiz sin tanta vergüenza. Y quizás, sólo quizás, a empezar a creer que tenía algo que decir.

Esta idealización suele ir acompañada de inseguridad y angustia, propias del proceso de formación, que no solo se viven internamente, sino que se transfieren al supervisor y afectan a la dinámica jerárquica. En algunos casos, esta transferencia puede llevar al supervisor a reafirmar su autoridad como forma de contención, lo que puede generar una distancia que, aunque protectora, dificulta la exploración auténtica. En otros, el supervisor puede recibir esta angustia desde un lugar más flexible, permitiendo que la jerarquía se module en función del vínculo y el momento del proceso de aprendizaje. Así, la relación supervisión-supervisado no es estática, sino que se transforma a partir de las emociones en juego, influyendo en el grado de apertura, confianza y construcción de una identidad profesional segura y auténtica.

Esta tensión guarda relación con la noción de "distancia profesional" de Jessica Benjamin: cuando la autoridad se ejerce de manera rígida, no solo genera desconexión, sino que también dificulta la emergencia del supervisado como sujeto autónomo. La manera en que se ejerce la autoridad en supervisión no solo responde a la estructura jerárquica, sino también a las expectativas de género. En ocasiones, se espera que las supervisoras mujeres adopten un rol más cercano y contenedor, mientras que a los supervisores hombres se les atribuye mayor legitimidad en su autoridad, incluso cuando ambos ofrecen el mismo tipo de intervención. Estas diferencias pueden influir en la manera en que se establece la "distancia profesional" y en cómo es percibida por el supervisado, condicionando la dinámica de trabajo y las posibilidades de autonomía dentro de la supervisión. *He vivido en carne propia cómo el género atraviesa de manera silenciosa pero contundente la experiencia de supervisión. Recuerdo especialmente a una supervisora mujer, brillante, exigente, rigurosa, profundamente comprometida con su labor. Sin embargo, su modo de ejercer la autoridad me resultaba áspero, incluso intimidante. No había maltrato ni dureza explícita, pero sí una firmeza cortante que, en ocasiones, me hacía sentir evaluada más que acompañada. Durante un tiempo, me resistí a aceptar esa incomodidad: me cuestionaba si no estaría proyectando yo algo mío —una figura materna exigente, una sombra interna que temía no estar a la altura—. Pero con el paso del tiempo, comencé a preguntarme también si esa dureza no era una forma —quizás inconsciente— de afirmarse en un lugar donde, históricamente, a las mujeres se les ha exigido demostrar autoridad de manera impecable, sin fisuras, para ser tomadas en serio.*

En contraste, también tuve un supervisor hombre cuya calidez me sorprendió desde el primer encuentro. Era paciente, receptivo, abierto a las dudas, incluso a aquellas que yo consideraba básicas. Su forma de supervisar tenía algo de hospitalidad, de acogida, que me ayudaba a explorar sin miedo. Sin embargo, no pude evitar preguntarme si esa misma actitud, en una mujer, habría sido leída como inseguridad o falta de liderazgo. ¿Por qué la calidez en un hombre se asocia a sensibilidad, y en una mujer, tantas veces, a debilidad? ¿Cuánto de nuestras lecturas sobre la autoridad están todavía atravesadas por moldes de género invisibles pero persistentes?

Estas experiencias me dejaron más preguntas que certezas, pero también me ofrecieron un espejo para pensar no solo en cómo recibo la autoridad, sino en cómo deseo ejercerla. ¿Puedo ser firme sin endurecerme? ¿Puedo sostener el encuadre sin volverme impenetrable? ¿Puedo supervisar —algún día— desde un lugar que combine claridad y ternura, sin sentir que debo sacrificar una para conservar la otra? El contacto con estilos tan distintos, y las emociones contradictorias que me despertaron, me empujaron a reconocer que la autoridad no es un atributo neutro: se encarna, se percibe y se legitima de modos distintos según quién la ejerza, en qué contexto y con qué cuerpo. Y por eso mismo, pensarla críticamente se vuelve un acto político, no sólo clínico.

De esta manera, la supervisión puede funcionar como un espacio que refuerza los patrones tradicionales de género o, en el mejor de los casos, como un lugar donde estos se cuestionan y problematizan. Para que esto último sea posible, es necesario que la distancia profesional se equilibre con una actitud reflexiva y dialógica, permitiendo que la supervisión deje de ser un mecanismo de control y se transforme en un espacio de sostén que favorece la autonomía sin subyugar. Este tipo de equilibrio en la supervisión, que permite la exploración sin el temor a la subordinación, se acerca a la idea de espacio potencial propuesta por Donald Winnicott.

Aquí, la noción de espacio potencial de Winnicott nos ofrece una herramienta valiosa para comprender el proceso de supervisión. Este concepto nos permite ver la supervisión no solo como un espacio de adquisición de conocimientos técnicos, sino también como un laboratorio de experimentación con la identidad profesional, donde se ensayan distintas maneras de habitar el rol de analista sin el temor a un juicio definitivo. Recuerdo mi primera supervisión grupal llegué con un documento lleno de anotaciones, subrayados y frases cuidadosamente elaboradas. Había preparado cada detalle con esmero, queriendo asegurarme de que no se me escapara nada importante. No era un miedo paralizante, pero sí una necesidad de protegerme en un espacio nuevo, frente a colegas y un supervisor. Me

apoyaba en ese texto como una forma de darme seguridad, como si las palabras escritas me ayudaran a sostener una versión de mí que transmitiera claridad y solidez.

Durante la presentación, el supervisor me escuchó con atención y, en un momento, me sugirió que dejara el papel por un momento y les contara desde mi experiencia. Su propuesta fue movilizadora. Dejar los apuntes me obligaba a soltar cierta estructura y confiar más en lo que sentía y pensaba en ese instante. Aunque con algo de miedo, me animé a hablar desde mí, sin filtro. Lo que compartí no fue perfecto ni demasiado elaborado, pero sentí que era genuino. Al hacerlo, empecé a notar matices del vínculo con mi paciente que antes no había podido registrar. Al dejarme llevar, la experiencia se volvió mucho más enriquecedora, permitiéndome descubrirme en el rol del terapeuta de una manera más auténtica y espontánea.

Sin embargo, este espacio potencial solo puede existir si el supervisor es capaz de sostener la incertidumbre sin apresurarse a cerrar el sentido. Como señala Donnel Stern, la posibilidad de formular nuevos significados surge de la capacidad de tolerar lo que aún no ha sido plenamente dicho y de resistir la tentación de ofrecer respuestas rápidas que interrumpan la exploración. *En mi experiencia en supervisión individual, recuerdo que al principio me sorprendía el tipo de preguntas que me hacía mi supervisor. Yo esperaba respuestas más directas, incluso validaciones, y en cambio él me respondía con preguntas abiertas como: "¿Tú qué crees que está pasando?" o "¿Qué pensás que quiso decir el paciente con eso?". Al principio eso me desconcertaba un poco —me dejaba con la sensación de no tener nada firme a lo que aferrarme—, pero con el tiempo empecé a darme cuenta de que esas preguntas me estaban dando un lugar. No para demostrar que sabía, sino para permitirme pensar, ensayar, equivocarme también, es decir, a desarrollar una mirada más flexible y abierta en la clínica.*

A veces dudaba si mis ideas eran "suficientes" o si estaba viendo lo que había que ver, pero el hecho de que no me corrigiera de inmediato me ayudó a empezar a confiar más en mi criterio. Sentí que el foco no estaba en dar la respuesta correcta, sino en poder pensar con libertad, y eso, para mí, fue una forma muy concreta de sentirme acompañada en el proceso de formarme como terapeuta

Si la supervisión es un espacio potencial en el que se ensaya la identidad profesional sin temor a un juicio definitivo, también es un microcosmos de las dinámicas de poder más amplias. *No se trata solo de un proceso formativo individual, sino de un entramado de relaciones en el que se configuran y legitiman ciertas formas de autoridad. La supervisión,*

entonces, no puede entenderse en aislamiento, sino dentro de un marco institucional y comunitario más amplio que influye en cómo se establecen las jerarquías y quiénes son reconocidos como figuras de autoridad dentro del campo psicoanalítico.

Pensar el Tercero en la supervisión, entonces, es pensar en la posibilidad de un espacio donde la autoridad sostenga en lugar de anular; donde la vulnerabilidad no indique incompetencia, sino que facilite un aprendizaje genuino; y donde la diferencia de experiencia no genere dominio, sino en un diálogo transformador para ambas partes. Más allá de ser un acto formativo, la supervisión es un escenario donde se juega la posibilidad de un psicoanálisis más dialógico y menos jerárquico. Esto implica revisar no solo la manera en que se enseña, sino también las estructuras mismas que definen quién puede hablar y ser escuchado dentro del campo psicoanalítico. **La supervisión no solo refleja estructuras jerárquicas, sino que también puede perpetuar o transformar dinámicas de género, funcionando como un espacio que refuerce las expectativas tradicionales o un escenario donde estas sean problematizadas y cuestionadas.** Su impacto no se limita a la relación supervisión-supervisado, sino que también influye en el modo en que se concibe la autoridad dentro del psicoanálisis en su conjunto. Desde esta perspectiva, la ciudadanía relacional propuesta por Andrew Samuels invita a repensar la supervisión no solo como un proceso de formación técnica, sino como un espacio donde las relaciones de poder pueden reconfigurarse en función del diálogo y la reciprocidad.

Los estudios de caso sobre supervisión psicoanalítica sugieren que un enfoque dialógico, en el que el supervisado puede explorar su propia voz sin la presión de ajustarse a un marco rígido, favorece un aprendizaje más profundo. Cuando el supervisor evita una postura impositiva, el supervisado desarrolla mayor seguridad en su identidad profesional y una práctica clínica más autónoma y flexible.

En última instancia, la supervisión puede ser un espacio donde las paradojas fundamentales del psicoanálisis relacional –poder y reconocimiento, autonomía y dependencia, estructura y libertad– se sostienen sin necesidad de resolverse prematuramente, sino como parte del proceso formativo. Eso implica reconocer que la supervisión no es un acto neutral, sino un espacio atravesado por relaciones de poder y vulnerabilidad, el interjuego transferencial, la necesidad de legitimación y el constructo de género. Un espacio donde se define no solo como se enseña, sino también quien es legitimado en la comunicación y la escucha. Con el avance en la formación psicoanalítica, se vuelve evidente la necesidad de revisar y transformar las estructuras jerárquicas

tradicionales, dando paso a un modelo de aprendizaje más flexible y dialógico, donde supervisor y supervisado se benefician mutuamente de una relación más equitativa y enriquecedora. Este cambio de paradigma no solo enriquece la supervisión como espacio formativo, sino que también impulsa una reflexión crítica sobre las estructuras de poder y autoridad en la práctica psicoanalítica, favoreciendo una visión más integradora y menos jerárquica del conocimiento y la experiencia clínica.

Aspectos éticos: Este manuscrito respeta la confidencialidad clínica mediante la anonimización de detalles identificatorios en todas las viñetas. Está redactado con un lenguaje respetuoso y no discriminatorio. No se reportan conflictos de interés ni financiación externa.

REFERENCIAS

- Benjamin, J. (1995). *Like subjects, love objects: Essays on recognition and sexual difference*. Yale University Press.
- Benjamin, J. (2012). *El Tercero. Reconocimiento*. Clínica e Investigación Relacional, 6(2), 169-179. Disponible en www.ceir.org.es.
- Freud, S. (1912). Recommendations to physicians practicing psycho-analysis. In *The standard edition of the complete psychological works of Sigmund Freud* (Vol. 12, pp. 109-120). Hogarth Press.
- McWilliams, N. (1994). *Psychoanalytic Diagnosis: Understanding Personality Structure in the Clinical Process*. New York, NY: Guilford Press.
- McWilliams, N. (1999). *Psychoanalytic Case Formulation*. New York, NY: Guilford Press.
- McWilliams, N. (2004). *Psychoanalytic psychotherapy: A practitioner's guide*. Guilford Press.
- McWilliams, N. (2004). The therapist's vulnerability: An occupational hazard. *Psychoanalytic Psychology*, 21(1), 86-96. <https://doi.org/10.1037/0736-9735.21.1.86>

Mitchell, S. A. (1988). *Relational concepts in psychoanalysis: An integration*. Harvard University Press.

Samuels, A. (1992). Countertransference, politics, and the analytic space. *Journal of Analytical Psychology*, 37(2), 175-190. <https://doi.org/10.1111/j.1465-5922.1992.00175.x>

Samuels, A. (1993). The political psyche. *Journal of Analytical Psychology*, 38(3), 251-275. <https://doi.org/10.1111/j.1465-5922.1993.00251.x>

Samuels, A. (1998). The good-enough citizen: Citizenship and the internal life. *Journal of Analytical Psychology*, 43(3), 353-375. <https://doi.org/10.1111/1465-5922.00040>

Samuels, A. (2001). *Politics on the Couch: Citizenship and the Internal Life*. London, UK: Profile Books.

Stern, D. B. (2003). *Unformulated experience: From dissociation to imagination in psychoanalysis*. Routledge.

Winnicott, D. W. (1971). *Playing and Reality*. London, UK: Tavistock.

Original recibido con fecha: 01/09/2025 Revisado: 10/09/2025 Aceptado: 11/09/2025

NOTAS: